



Guarda mi secreto

basada en una historia real

Pilar Lloves Masid

7a
EDICIÓN
revisada





A Iradi y Aimar, mis amores



Vitoria-Gasteiz

Miércoles, 10 de noviembre de 2010

Inés

Ahí estaba, queriendo gritar, pero callada, llorando sin lágrimas, acurrucada en el sofá, sintiéndose desconcertada, traicionada y sola, terriblemente sola. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo no lo había intuido? No tenía la respuesta.

Como nadie la escuchaba se dejó llevar por el dolor, un dolor hondo, punzante, y comenzó a llorar de una forma tan angustiada, que su llanto se volvió incontenible, convulsivo. De pronto, al sentir que se ahogaba, se alarmó y, de un brinco, se incorporó moviéndose desesperadamente, hasta que, un hilillo de aire entró en sus pulmones. Se asustó tanto, que, de repente, dejó de llorar. Exhausta, se tumbó en el sofá. Poco después, escuchó el sonido de su teléfono móvil, la voz de Mario se coló a través del auricular.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Bien —contestó, tratando de parecer convincente.

—¿Bien?, ¡seguro! Te he llamado al trabajo y me han dicho que no has aparecido en todo el día, ¿te ocurre algo?

¡Claro que le ocurría! Estaba enojada, triste, furiosa y era incapaz de hablar con nadie, ni tan siquiera con él, que era uno de sus más íntimos amigos.

—¡Estoy fatal! —respondió casi sin aliento.

—¿Estás enferma?

—No, no..., pero me he enterado de algo que me ha dejado hecha polvo. Ahora no puedo contártelo.

—¿Es tan grave? ¿Quieres que me acerque a tu casa?

—¡No, de verdad!, pero hoy no voy a ir contigo al cine, lo siento.

—Ha tenido que pasarte algo muy gordo, ¿seguro que no quieres que vaya a tu casa?

—No, ya te llamaré.

—Bueno, pues..., lo que tú quieras, ya sabes dónde estoy.

—Lo sé, Mario, lo sé...

Aunque adoraba a su amigo, necesitaba estar sola para reflexionar, para gestionar su torrente de sentimientos, de rabia, de incredulidad, de traición. Cerró los ojos, se abrazó así misma y de agotamiento se quedó dormida. Poco después, se despertó sobresaltada al escuchar el teléfono de su domicilio. Extenuada, se levantó del sofá; al no reconocer el número pensó no contestar, pero insistían; finalmente descolgó.

—¿Oiga?, ¿es el asilo? —la voz de una desconocida se coló por el auricular.

—Perdón, ¿cómo dice? —respondió extrañada.

—¿Estoy llamando al asilo de Vitoria?

—No, se ha confundido.

—Vaya, ¡qué fastidio! Perdone.

Colocó el teléfono en el cargador inalámbrico y regresó sobre sus pasos, pero al escuchar de nuevo el timbre del teléfono, se dio media vuelta. Al comprobar que era el mismo número desde donde llamaban, decidió no contestar, pero seguía sonando.

—Se ha vuelto a equivocar —dijo Inés, molesta, nada más descolgar.

—Lo siento, me han dado mal el número, o yo lo he anotado mal. Señorita, no sabrá por casualidad cuál es el teléfono del asilo...

—No, además, los asilos dejaron de existir; ahora son residencias y hay varias en la ciudad.

La mujer dejó de hablar e Inés solo escuchaba su respiración.

—Perdona, sé que puede parecer extraño lo que voy a pedirle, pero, ¿me haría un favor? Es que estoy en una de las pocas cabinas que quedan en pie y se ha tragado muchas monedas.

—No sé, dígame.

—¿Podría localizarme el teléfono del asilo? Bueno, antes llamábamos asilo a un edificio muy grande que había a las afueras de la ciudad, donde además de personas mayores había niños abandonados, gente que estaba mal de la cabeza... Se llamaba Santa María de Las Nieves.

—Ah, ya..., aquel edificio se reformó, ahora acoge la biblioteca y el Aulario del Campus Universitario.

—¡Vaya...! ¿Sabe dónde se guardan los documentos de lo que fue Las Nieves?

—No lo sé con certeza, aunque me imagino que estarán en los Archivos de la Diputación, ¿por qué no pregunta allí?

—¿En la Diputación?

—Sí, claro —respondió Inés.

—¿Podría hacerme el gran favor de enterarse usted? Yo la llamaría de nuevo cuando me diga, tengo su teléfono, ¡por favor...! —rogó.

—En realidad no entiendo su petición —Inés percibió la angustia de la persona. que estaba al otro lado del teléfono, la reconoció como si fuera suya.

—¿Podría preguntar usted si existe algún documento? Solo sería eso, preguntar...

—No sé, bueno..., lo intentaré. Dígame, ¿qué quiere saber concretamente?

—Verá, tengo una amiga que dejó un bebé en el torno de Las Nieves hace más de cincuenta años, y ahora quiere saber si él puede localizarla.

—¿Su amiga quiere localizar al hijo que dejó? —Inés estaba desconcertada, no entendía nada.

—No, ¡al contrario! Ella no quiere que él pueda encontrarla, y con tantos programas que hay en la televisión, tiene miedo de que él se decida a buscarla.

Lo que acababa de oír la dejó perpleja. No sabía qué hacer, ¿colgar? ¿Cómo se podía ser tan fría, tan desapegada? Pensó en el pobre niño. Esa voz, esa mujer empezó a caerle mal, y la historia que le estaba contando le resultaba muy rara. Pensó que podían estar llamando de uno de aquellos programas de radio que se dedicaban a gastar bromas, poniendo a la gente al límite, para ver cómo reaccionaban.

—¡Está pidiéndome algo muy delicado! Lo siento, yo no puedo hacer nada y usted tampoco; eso le corresponde a su amiga, es ella quién debe ir a enterarse —respondió secamente.

Inés no escuchaba nada al otro lado del teléfono. Tenía claro que trataban de tomarle el pelo. Cuando se disponía a colgar, la mujer le explicó:

—No fue mi amiga quién dejó al niño, fui yo y estoy aterrada. No quiero que me busque, por eso necesito saber si hay algún documento donde se pueda consultar, si hay algún registro —la mujer hablaba en un susurro—. Solo quiero saber si hay algo... Necesito saber si anotaron alguna cosa cuando lo dejé en el torno que había en el asilo.

—¿Cómo dice? ¿Se está burlando de mí? —preguntó Inés tratando de recuperarse de su asombro.

—¡No, por Dios! Prometo que estoy hablando en serio. Puede parecer muy extraño, pero ¡es cierto! Estoy llamando desde Bilbao y, créame, no puedo desplazarme a Vitoria. Tampoco puedo pedir ayuda a nadie porque nadie lo sabe. Es más, si se entera mi marido de lo que hice..., no sé lo que pasaría. Así que, si puede ayudarme, se lo agradeceré eternamente. Sé que no me conoce de nada y no me debe nada, pero, por favor, ¡solo sería preguntar si hay algún documento, si hay algo!

—No sé... —Inés sabía que no iba a costarle mucho hacerse cargo de aquella petición, se lo podía preguntar a su amiga Blanca, que trabajaba en la Diputación.

—Sé que esto tiene que resultarle insólito, pero créame si le digo que no puedo ir a Vitoria sin que se entere mi marido.

—Bueno..., lo intentaré. Dígame qué fecha es la que busca.

—El niño nació el veintisiete de febrero de mil novecientos cincuenta y seis. Lo dejé envuelto en una mantita, dentro, coloqué una nota con mi nombre, apellido y su fecha de nacimiento. Me llamo Daniela Maeztu.

—Veré si puedo obtener algún dato, pero no le prometo nada.

—Se lo agradezco muchísimo. ¡No sabe la ayuda y el gran favor que me está haciendo!

—Bien, de acuerdo..., puede llamarme en un par de días, para entonces espero tener esa información. Pero no lo haga a este número, anote mi teléfono móvil.

—Muchas gracias. —Daniela anotó en un trozo de papel el número de teléfono—. Por cierto, ¿puede decirme su nombre?

—Inés. Me llamo Inés —contestó con tono serio.

—Gracias, mil gracias, Inés, la llamaré.

Al acabar la conversación, Inés permaneció inmóvil, con la mirada perdida, pensando en lo que acaba de escuchar. Tenía unos sentimientos tan encontrados que no era capaz de reaccionar, le parecía que acaba de salir de un sueño. Y..., la llamada que acababa de recibir, ¿era real?

La mujer parecía muy afectada y ella sabía que en Las Nieves había un torno donde se dejaban abandonados a los niños en algunos casos, y, en otros, las madres, que por circunstancias temporales no los podían atender, los entregaban al cuidado de las religiosas. Curiosamente, hacía poco tiempo que había leído una revista que trataba sobre ese tema. Pero, ¿dónde la había dejado?

No sin esfuerzo se dirigió al cuarto de baño. Al verse reflejada en el espejo no se reconocía, tenía la cara desencajada, la nariz enrojecida y los ojos ennegrecidos por el rímel, que de tanto llorar se había corrido. La expresión en su rostro era muy triste, las comisuras de los labios muy marcadas y los párpados muy caídos.

Su relación con el espejo había sido siempre muy buena, pero ahora se estaba viendo mayor. Lo que le extrañaba era no haberse dado cuenta antes. Iba a cumplir cuarenta y ocho años, y de pronto, como cuando era una niña, sintió pánico, miedo a que no la quisieran, al paso del tiempo, miedo a la muerte.

¿Por qué no era capaz de contar ni a su propia madre lo que le preocupaba?, ¿por qué había sufrido tanto?, ¿por qué se tragaba ella sola todos sus disgustos? Aunque, ¿con quién podía hablar? Su madre siempre le decía: “Hija, no cuentes nunca a nadie lo que se habla en casa”; pero, ¡si en su casa no se hablaba!, solo se discutía, se chillaba o había silencios que eran imposibles de romper.

Recordó que, cuando oía a su madre increpar a su padre, corría a refugiarse en su habitación, cerraba la puerta y se tapaba los oídos con ambas manos. ¡Cuánto miedo pasaba y qué tristeza la invadía! No podía hablar ni con su abuela, su querida abuela, porque, si lo hacía, su madre iba a enfadarse y, verla enojada, era lo último que deseaba.

Abrió el grifo del agua fría e inmediatamente la sintió en su rostro. Pasó así un buen rato, hasta que volvió a mirarse en el espejo; dejó de hacerlo porque seguía sin gustarle la imagen que le devolvía. No, ¡no quería llorar más! No más.

Salió del cuarto de baño y se dirigió a la estantería del salón en busca del artículo que trataba sobre los niños abandonados; aquella dichosa llamada la había intrigado. Cuando lo encontró se acomodó en el sofá y comenzó a leer:

Expósitos y Huérfanos: Sin número límite de plazas, se admitían niños huérfanos pobres y expósitos, todos menores de 14 años, con la intención primero de criarles con cariño y buenas condiciones de higiene, y después de educarlos para evitar que las malas costumbres hicieran mella en ellos.

También en ocasiones se acogían niños cuyos padres habían delinquido, para evitar que se educaran en semejante ambiente. En el caso de los Expósitos, la Diputación se comprometía también a guardar su anonimato destruyendo los expedientes que sobre ellos hubiere, dándoles así la oportunidad de comenzar su vida sin lastres que la predeterminasen.

Aunque algunos niños eran abandonados por sus madres en la maternidad, el Asilo estaba provisto de torno con timbre donde igualmente se podían depositar. En ambos casos eran recogidos por una de las Hermanas de la Caridad que los llevaba al cuarto de aseo donde los bañaban, los pesaban y les mudaban la ropa, colocándolos a continuación, en una cuna con caloríferos para que entrasen en calor. Acto seguido, se les colgaba un plomo con el número de identificación y se anotaban en el libro de registros todas las señas de identidad, así como las ropas y pertenencias con las que habían ingresado en la casa. De este modo, si posteriormente a alguno se le reclamaba, podía ser identificado. El capellán era el encargado de bautizarles con un nombre de pila y dos apellidos tomados de pueblos de la provincia.

Se les lavaba las veces que fuera preciso y se les bañaba lo más a menudo posible utilizando siempre esponjas previamente hervidas, una para el cuerpo y otra para la cara. Los biberones y las tetinas tampoco se

utilizaban nunca sin hervir, se cambiaban si caían al suelo, y no se utilizaba bajo ningún concepto la leche que dejaba un niño en el biberón para dársela a otro.

Al cumplir los seis años, los niños eran “prohijados”, unas veces por las propias nodrizas que los habían criado, y otras por personas que demostraban ser honradas y capaces de mantenerlos. Al cumplir los doce y una vez terminada su educación, se les colocaba en el oficio para el que habían sido preparados o en el de su “predilección”, pasando a ser contratados. Hasta los 14 años para los chicos y 18 para las chicas, estaban siempre bajo la tutela de la Diputación, que controlaba que se cumpliese con su educación, se cuidase su salud y se le instruyera en las buenas costumbres para hacer de ellos hombres y mujeres útiles para la sociedad.

(Información facilitada por el Hospital Psiquiátrico y Salud Mental Extrahospitalaria de Álava).

Al artículo le acompañaban unas fotografías que Inés observó, curiosa, fijándose en todos los detalles, cómo vestían, cómo eran las cunas, los pupitres, los comedores, el lugar de estudios..., y sintió una gran tristeza imaginándose a aquellas criaturas descubriendo que sus padres los habían abandonado, que no los querían. Ella, al menos, sabía que pertenecía a una familia, conocía de dónde venía, aunque todavía ignoraba a dónde se dirigía. Estaba desorientada. De nuevo notó un nudo en el estómago, y fue incapaz de contener las lágrimas.

Estaba anocheciendo, el día había sido muy largo para ella. Entró en su habitación para ponerse el pijama y acostarse sin más demora.

Aquella misma mañana, su marido, que trabajaba de visitador médico, había salido hacia Sevilla para asistir a un congreso y no regresaría hasta el domingo.

Mejor así, por hoy ya había tenido bastante. Tenía un tremendo dolor de cabeza y necesitaba dormir, sí, esa era su mejor medicina para todo: dormir. Para garantizar que no iba a desvelarse, se tomó un somnífero. No quería que le atormentaran los fantasmas nocturnos, mañana sería otro día.

Jueves, día 11

Al despertar creyó que había soñado, no sabía de qué se trataba, pero presentía que había tenido un mal sueño. Se desperezó y al estirarse en la cama, se acordó de la amarga realidad que había vivido el día anterior y, regresó la tristeza, por lo que dejó de estirarse para encogerse y encogerse, le gustaría desaparecer.

Desconocía la hora que era, no sabía cuánto tiempo llevaba en posición fetal, pero tampoco le importaba, como tampoco le importaba que Roberto no hubiera llamado. Bueno, sí le importaba, pero no quería hablar con aquel mentiroso, no quería compartir nada con él. Sabía que lo estaba castigando, ya que él ignoraba lo que ella sabía. ¡Hijo de puta! Así se pasó un buen rato, repitiendo a modo de oración: hijo de puta..., hijo de puta.

Al levantarse de la cama, tenía todos sus músculos entumecidos y una especie de mareo. En aquel estado, pensó que un baño la despertaría o al menos, la despejaría. Mientras iba llenándose la bañera se puso una bata y se dirigió a la cocina; necesitaba tomar algo, desde el día anterior no había podido probar bocado. Al entrar, se percató de que parpadeaba la lucecita del contestador, había mensajes que no había escuchado, creyó que serían de él, pero no quería oírlos, y mucho menos devolverle las llamadas.

Tiempo, tiempo era lo que necesitaba para pensar, pero no era capaz de hacerlo con claridad, por lo que, acordándose de la extraña llamada que había recibido el día anterior, decidió prepararse y salir de su casa para no seguir llorando.

Como se sentía incapaz de acudir a su trabajo, llamó a la oficina para avisarles de que no iría. Podía hacerlo ya que, dirigía una academia, donde ofrecían servicios de traducción y clases de idiomas. Contaba con un buen equipo de profesionales por lo que podía permitirse el lujo de no asistir.

Había estudiado Filología Inglesa y poseía un perfecto dominio del idioma alemán. A pesar de su falta de experiencia empresarial y de sus temores, abrió la academia de idiomas después de que la multinacional para la que trabajaba de secretaria de dirección hubiera hecho una reducción de plantilla. A ella le vino bien; estaba cansada de hacer siempre lo mismo, de la misma gente, del mismo espacio, de aguantar los vaivenes emocionales de su jefe y de los malos modos de algunos de sus compañeros; en definitiva, quería cambiar de rumbo.

Se sobresaltó al escuchar el sonido del timbre de su domicilio, pero, al no esperar a nadie decidió no atender, además, estaba impresentable. Llamaron de nuevo, pero lo ignoró. Inesperadamente, advirtió que introducían la llave en la cerradura. ¡Podía haberlo imaginado! Con eso no contaba. Era Efigenia, su suegra; vivía tres pisos abajo y estaba segura de que Roberto le había pedido que acudiera a su casa para ver qué le sucedía.

—Hija, ¿estás ahí? ¿Inés? —preguntó la mujer con cautela.

—Sí, pasa, Efi —contestó sin ganas.

—¡Estaba empezando a asustarme! Me acaba de llamar Rober, está muy preocupado, me ha dicho que desde ayer te está llamando y no consigue hablar contigo, ¿tienes mal el teléfono? —Cuando Efi la tuvo delante y se fijó en su aspecto, se asustó—. Pero, ¡por Dios, hija!, ¿qué te ocurre?

Inés que no podía hablar, hizo una seña para que la acompañaría al salón; al sentarse en el sofá, Efigenia tomó las manos de Inés entre las suyas, e Inés, aunque no quería llorar delante de su suegra, no pudo evitarlo.

—¡No me asustes!, ¿les ha pasado algo a tus padres?

—No, no..., ellos están bien. La que no está bien soy yo y tiene que ver con tu hijo —afirmó mirándola a los ojos.

—¿Le pasa algo a él? No estará enfermo y no quereis decírmelo...

—No es eso.

—Mi niña, Rober está realmente preocupado; me ha dicho que no ha podido dormir pensando que te había ocurrido algo.

—¡Ya...! —expresa enojada.

—¿Estais enfadados?

Inés aintió. Soltó las manos a su suegra y observó el anular de su mano izquierda, examinó su anillo de casada, quería quitárselo, tirarlo, que se diluyera. No podía creer lo que había descubierto. No, no podía creerlo.

—Al menos habla con él y dile que estás bien.

—No, no voy a llamarle, no tengo nada que decirle. ¡Nada!

No quería hablar con él porque deseaba castigarlo, aunque Roberto, solo tenía que rebobinar, pensar qué hizo o qué dejó de hacer antes de salir de casa; así se habría dado

cuenta de que no había apagado el ordenador cuando siempre lo hacía y que al salir del despacho dejó la luz encendida. Todo ello por culpa del despertador que no sonó cuando tenía que sonar, y es que, si no salía rápidamente iba a perder el avión. Lo que dijo fue: “Joder, ¡qué tarde es!, si no me doy prisa no llego”. Se había vestido apresuradamente, había encendido el ordenador para imprimir unos documentos, había dado un fugaz beso a Inés y había salido corriendo. Aquel había sido su error.

—Pero, no puedes dejarlo así —opinó su suegra.

—¡Sí puedo! —respondió tajante.

—Bueno, hija..., entonces seré yo quién le llame. ¡No puede estar trabajando con esa inquietud!, ¿lo comprendes?

—Claro que lo comprendo, Efi, es tu hijo. Dile lo que te parezca, pero no pienso contestar a sus llamadas.

—¿Tan grave es?

—Sí.

—Lo siento mucho, de verdad. Voy a bajar a casa para llamarlo, pero me apena dejarte así, en este estado.

Al levantarse el sofá, Efi abrazó con ternura a Inés; ella, sintió su protección, su calor. Su suegra era una mujer estupenda que, además de demostrarle un cariño sincero, jamás se había entrometido entre ella y su marido.

—No te preocupes por mí, dentro de un rato saldré a resolver un asunto.

Inés la acompañó hasta la puerta, pero antes de salir, Efigenia se volvió para mirarla de nuevo.

—Todo tiene arreglo mi niña, te lo digo yo, que he vivido situaciones muy penosas. Solo hay que quererlo e intentarlo.

Inés no podía responder, apretó los labios e hizo una mueca de dolor. Sus lágrimas no habían dejado de brotar. Efigenia, en un intento de secárselas, pasó cariñosamente una mano por su mejilla diciendo:

—Estaré en casa todo el día, por si me necesitas.

Al cerrar la puerta escuchó el grifo de la bañera, ya solo le faltaba encontrarse con un charco de agua en el suelo; pero no, estaba llena, perfecta para darse un baño.

El agua se estaba enfriado y comenzó a tiritar. Tenía una rara percepción del tiempo, la mañana se le estaba esfumando de un soplo. No sin esfuerzo, se animó a prepararse; se maquilló para camuflar sus ojos hinchados y las enormes ojeras. Al finalizar se miró detenidamente en el espejo y volvió a darse un pequeño retoque, “así mejor”, se dijo.

Inés no era mujer especialmente guapa pero sí atractiva, mantenía un cuerpo esbelto y bien proporcionado, por lo que cualquier cosa que se ponía le sentaba bien. El cabello oscuro lo llevaba por encima de los hombros, su tez era clara y suave, tenía unos penetrantes ojos negros bordeados por unas espesas pestañas, sus labios carnosos escondían unos dientes blancos y alineados, sus ademanes eran muy femeninos, elegantes y suaves. Cuando gesticulaba, sus manos hablaban dibujando palabras en el aire y cuando se expresaba lo hacía con una aterciopelada voz, pero lo que la caracterizaba era su amplia sonrisa.

Salió a la calle, el día estaba gris, desapacible, el viento soplaba con fuerza haciendo que las últimas hojas de los árboles volaran arrastradas por el aire. El frío en su rostro consiguió espabilarla, algo que agradeció. A lo lejos distinguió el edificio de la Diputación, sabía que su amiga estaba

trabajando, por eso, había decidido visitarla, quería que la ayudase a conseguir la información que necesitaba.

—¿Puede avisar a Blanca Zaldívar? —Pidió a la recepcionista—. De parte de Inés Canal.

—¡Bonita!, ¿qué haces aquí? —Escuchó minutos después.

Inés observó a su amiga, su cuerpo, de líneas redondeadas, hacían de ella una mujer exuberante. Su cabello pelirrojo, largo y rizado lo llevaba suelto. En su tez algo dorada y pecosa no había rastro de maquillaje, tenía los ojos risueños de color miel, nariz armónica y sonrisa sincera. Vestía con aire despreocupado pantalones vaqueros y una camiseta de varios colores.

—He querido darte una sorpresa, ¿a que no me esperabas? —respondió Inés.

—¡Claro que no! Venga, acompáñame a mi despacho.

Blanca la tomó del brazo y atravesaron varios pasillos antes de entrar en la dependencia. Al cerrar la puerta se abrazaron. Inés sintió que sus lágrimas querían brotar de nuevo, pero hizo esfuerzos para que no ocurriera, no había ido a ver a su amiga para contarle lo que le sucedía a ella, sino, para obtener una información.

—¿Qué ocurre, bonita? Cuéntame... —pidió Blanca.

—Necesitaba verte porque ayer recibí una llamada bastante extraña, era una mujer que llamaba desde Bilbao. Me pidió que le buscara información sobre un hijo que abandonó en Las Nieves en el año 1956. Mira aquí he anotado los pocos datos que me dio, a ver si me puedes ayudar en esto y yo a la vez a esa señora.